

SEPTIEMBRE-OCTUBRE DE 2011



**El problema
demográfico de México**

José B. Morelos

Homenaje al doctor

José Benigno Morelos González

Alberto Palma

Palabras a mi profe

Pepe Morelos

Silvia Giorguli

**Imágenes fugaces convertidas
en recuerdos de José B. Morelos**

Francisco Alba

José Morelos, el ser humano

José Luis Lezama

**Pepe Morelos y la demografía
de México**

Manuel Ordorica

**Recordando a José Morelos:
el amigo, el académico**

José Luis Reyna

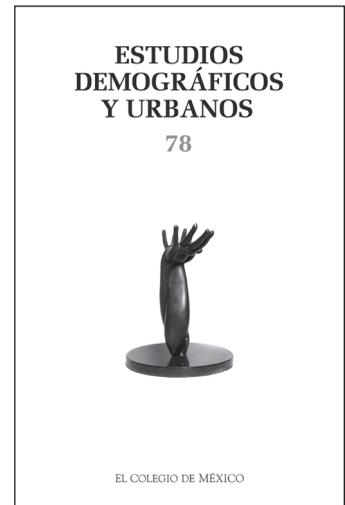
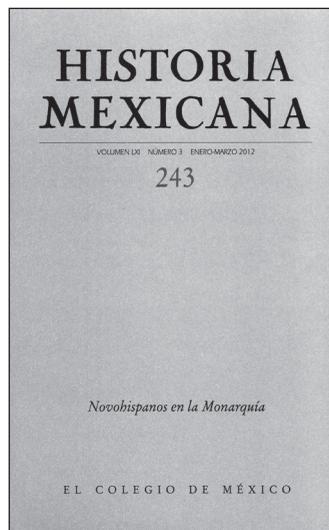
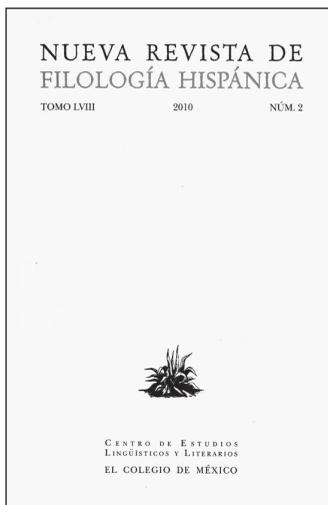
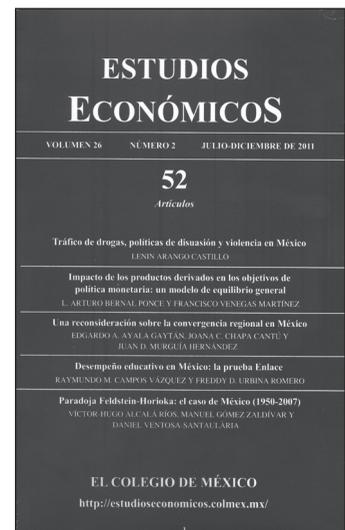
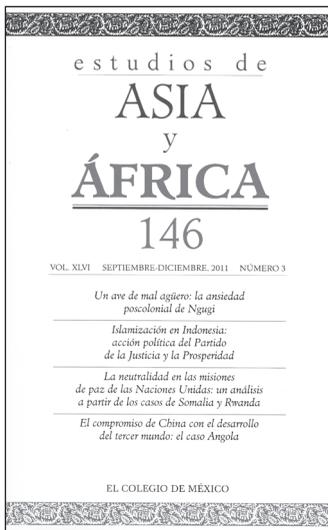
Como yo te veo

José Carlos Ramírez

¡Muchas gracias!

José Guadalupe Morelos

PUBLICACIONES PERIÓDICAS



EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,
 Dirección de Publicaciones,
 Camino al Ajusco 20,
 Pedregal de Santa Teresa,
 10740 México, D. F.

Para mayores informes:
 Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
 Fax: 5449 3000, ext. 3157 o Correo electrónico:
 publicolmex@colmex.mx



Í N D I C E

■ Presentación ■ 3

El problema demográfico de México

■ José B. Morelos ■ 5

Homenaje al
doctor José Benigno Morelos González

■ Alberto Palma ■ 13

Palabras a mi profe Pepe Morelos

■ Silvia Giorguli ■ 15

Imágenes fugaces convertidas en recuerdos de José B. Morelos

■ Francisco Alba ■ 17

José Morelos, el ser humano

■ José Luis Lezama ■ 21

Pepe Morelos y la demografía de México

■ Manuel Ordorica ■ 22

Recordando a José Morelos: el amigo, el académico

■ José Luis Reyna ■ 25

Como yo te veo

■ José Carlos Ramírez 29 ■

¡Muchas gracias!

■ José Guadalupe Morelos ■ 32

EL COLEGIO DE MEXICO, A. C., Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F. Tel. 5449 3000, ext. 3077

Presidente JAVIER GARCÍADIEGO DANTÁN ■ *Secretario general* MANUEL ORDORICA ■ *Coordinador general académico* JEAN-FRANÇOIS PRUD'HOMME ■ *Secretario académico* ALBERTO PALMA ■ *Secretario administrativo* ÁLVARO BAILLET ■ *Director de publicaciones* FRANCISCO GÓMEZ RUIZ ■ *Coordinadora de producción* PAOLA MORÁN LEYVA ■ *Editor* JUAN PUIG ■ *Coeditora invitada* LETICIA ARGÜELLES ■ *Coordinadora de promoción y ventas* NINEL SALCEDO ROMERO

BOLETÍN EDITORIAL, NÚM. 153 SEPTIEMBRE-OCTUBRE DE 2011
Impresión: Reproducciones y Materiales, S. A. de C. V.
Formación y diseño de portada: EZEQUIEL DE LA ROSA MOSCO
ISSN 0186-3924

Certificado de licitud. núm. 11152 y de contenido, núm. 7781, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de mayo de 2000; núm. de reserva 04 1999-112513491900-102.



José B. Morelos

Presentación

Destacado demógrafo, José Benigno Morelos fue parte sustantiva de la vida académica de esta institución durante más de cuatro décadas. El 20 de junio de 2011 falleció. Por ello, el Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales, al cual estaba adscrito, organizó un homenaje en su memoria el pasado 5 de octubre. Decidir quién sería orador en su homenaje fue muy difícil porque Pepe –como siempre lo llamamos– era muy respetado por sus aportaciones académicas, y querido por su capacidad de hacer amigos. Finalmente participaron Silvia Giorguli, Francisco Alba, José Luis Lezama, Manuel Ordorica, José Luis Reyna y Alberto Palma como moderador, todos integrantes de nuestra institución; José Carlos Ramírez, egresado del CEDUA y gran amigo de Pepe; y José Guadalupe Morelos, con quien tuvimos la fortuna de contar en representación de su familia. A continuación reproducimos la intervención de cada uno de los oradores en orden de su presentación, precedidas por un artículo señero de José B. Morelos seleccionado por Manuel Ordorica. 



Cristina Pacheco y José B. Morelos

El problema demográfico de México

Demografía y Economía,
El Colegio de México, vol. 3, núm. 3,
1969, pp. 319-327.

COMO LA MAYORÍA DE LOS PROBLEMAS sociales, económicos y políticos del siglo XX, el demográfico es altamente complejo. Esta complejidad obedece a que la problemática demográfica tiene sus raíces en un conjunto de fuerzas que resultan de la acción de factores económicos, sociales, culturales, psicológicos y otros. Entre estos factores están las costumbres, las tradiciones y las creencias religiosas, pero también las formas de adaptación de la sociedad a los cambios en el ambiente de los recursos económicos y a los cambios en los sistemas de valores personales y sociales.

El problema demográfico puede enfocarse desde diversos puntos de vista según sea el marco teórico de referencia que se utilice, y puede definirse de acuerdo a este marco teórico. Lo anterior significa que el problema demográfico puede expresarse en su forma más simple como un conjunto de ecuaciones: población-recursos físicos, población-alimentación, población-vivienda, etc. Paralelamente, puede analizarse la interrelación de los factores sociales, económicos y otros, y la influencia que han tenido éstos en la aparición del problema demográfico o, lo que es lo mismo, del fenómeno de la revolución demográfica.¹

¹Ronald Freedman (compilador), *La revolución demográfica mundial*, México, UTEHA, 1966, pp. 1-16.

Al término de revolución demográfica están asociados las modificaciones en el comportamiento y los niveles de las variables que intervienen en los procesos vitales. Estas modificaciones han determinado: tasas de crecimiento elevadas y rejuvenecimiento de la población, y ésta ha influido a su vez en el aumento de su potencial de crecimiento; tales características constituyen desde un punto de vista demográfico la base del problema.

Aunque son diversos y múltiples los factores que influyen en las variables demográficas, se mencionará tan sólo la importancia que algunos de éstos han tenido en las variaciones de dichas variables.

Mortalidad

El comportamiento y los niveles de la mortalidad han estado determinados por variables de tipo económico, pero básicamente por variables de tipo tecnológico, en esencia exógenas al desarrollo económico y social y también al efecto de las características demográficas. Específicamente, la disminución de la mortalidad se ha atribuido al adelanto mundial de la ciencia médica, al descubrimiento de productos químicos, a las vacunas, las campañas de saneamiento, la disponibilidad de servicios médico-asistenciales, etcétera.²

Todos estos factores han influido en la disminución de la mayor parte de las muertes debidas a

²Naciones Unidas, *Estudios de Población* núm. 6, *Situación y tendencias de la mortalidad en el mundo*, ST/SON/Ser. N/7, 1965, pp. 11-12, 19-20, 34-38; A. J. Coale y E. M. Hoover, *Crecimiento de la población y desarrollo económico*, México, Ed. Limusa Wiley, 1965, pp. 39-42.



enfermedades infecciosas y parasitarias, las que en poblaciones como la mexicana representaban una o dos décadas atrás un porcentaje relativamente elevado de las muertes totales.

Entre 1940 y 1960 la mortalidad disminuyó en un 50%³ en todo el país. Esta disminución ha estado determinada por el comportamiento de dicha variable a nivel regional. Las regiones en que los niveles de ingreso per cápita, educación, urbanización, etc., han sido los más elevados son aquellas en que la reducción ha resultado mayor que la observada en el país en su conjunto. Las regiones menos desarrolladas, con altos porcentajes de población dedicada a actividades agrícolas, menor concentración urbana y menor disponibilidad de servicios médicos asistenciales son las que presentan proporciones inferiores de disminución.

El descenso rápido de la mortalidad, fenómeno moderno y sólo observado en la mayoría de los países en proceso de desarrollo⁴ ha permitido que una mayor proporción de niños y jóvenes alcancen edades más avanzadas. (En esos países se ha requerido

un periodo aproximado de 30 años para duplicar la esperanza de vida al nacer, como es el caso de México. Los países hoy día desarrollados necesitaron entre 100 y 150 años.) La población adulta joven se ha beneficiado también de este descenso pero en menor proporción que las anteriores. Esto ha contribuido a aumentar la tasa de crecimiento de la población y a su rejuvenecimiento, cuya característica es la existencia de una alta proporción de la población menor de 15 años.

Natalidad

La otra variable asociada a la revolución demográfica es la natalidad. El análisis del comportamiento de esta variable es más complejo, principalmente por la diversidad de factores concurrentes.

No es posible, al menos hasta ahora, explicar del todo por medio de la teoría de la transición demográfica⁵ los niveles y el comportamiento de esta variable en México. De acuerdo con esta teoría se supone que existe una modificación en los niveles de las variables mortalidad y natalidad a medida que las socie-

³ Las tasas brutas de mortalidad eran de 22.8 y 11.5 por mil en 1940 y 1960, respectivamente.

⁴ Naciones Unidas, *op. cit.*

⁵ Alvan O. Zárate, "Fertility in Urban Areas of Mexico: Implications for the Theory of the Demographic Transition", *Demography*, vol. 4, núm. 1, 1964, pp. 363-373.

dades pasan de un régimen de economía agraria a uno de economía de mercado.⁶ Se considera que esta teoría ha sido útil para explicar el comportamiento de la natalidad en los países hoy día desarrollados. En estos países el descenso de la fecundidad ha estado asociado al desarrollo económico, al proceso de urbanización, a la mayor participación de la población femenina en actividades económicas y a la conducta racional de estas sociedades frente al problema de la anticoncepción.⁷ Esta conducta racional ha estado determinada por factores económicos, sociales y psicológicos, tales como la obligatoriedad de la educación de los niños, el desarrollo de la puericultura, el aumento más rápido de las posibilidades de consumo que de las de ingreso y la reducción de la mortalidad infantil. Otro de los factores que han contribuido fue la emancipación de la mujer, que se tradujo en cambios en los roles de la esposa dentro del núcleo familiar y cuyas manifestaciones fueron el aumento del poder frente al esposo y también frente a la sociedad, apoyado en una extensión y diversificación de sus actividades, lo que contribuyó a que la esposa tuviese preocupaciones distintas a la maternidad e influyó en la modificación de sus patrones de formación familiar.⁸

La aceptación del trabajo de la mujer, su aumento de poder en la sociedad y en la unidad familiar, los cambios de actitudes y motivaciones hacia la anticoncepción son hechos sociales y psicológicos, indicativos de los cambios en las estructuras respectivas.

El retardo que existe entre la disminución de la mortalidad y el de la natalidad, de acuerdo a la transición demográfica, se debe probablemente a la len-



titud de los cambios en las estructuras sociales y en especial de la psicológica.

En México la natalidad aumentó entre 1940 y 1960 en un 5.7%.⁹ Sin embargo, este aumento es más aparente que real. Los niveles de fecundidad de la población probablemente no han aumentado sino que han permanecido constantes durante los últimos 20 o 25 años. El alza observada es más bien consecuencia del mejoramiento de las estadísticas vitales. El desarrollo económico ha contribuido a la elevación de los índices de alfabetismo, la extensión de las vías de comunicación, una menor dispersión de la población y paralelamente a una mayor concentración de la misma en áreas urbanas. Tales factores han propiciado la mayor cobertura e integridad de las estadísticas vitales.

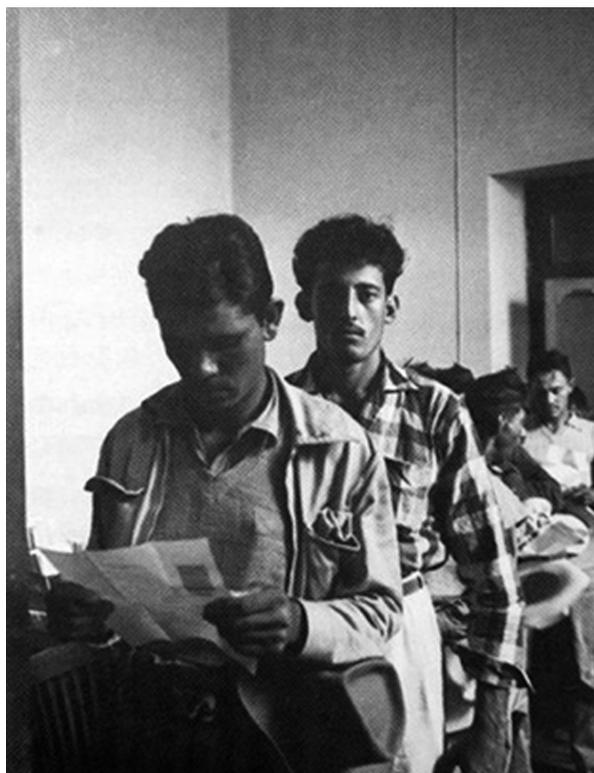
El aumento de 5.7% podría ser interpretado a primera vista como una elevación real de la fecundidad y pudiera afirmarse que el desarrollo económico del país ha originado un aumento de la natalidad. Esta interpretación sería válida si el desarrollo económico, al ampliar la demanda de mano de obra y con ello la seguridad económica, crease incentivos en la población para casarse y al mismo tiempo realizar la

⁶ Entre otros, consúltese: A. J. Coale y E. C. Hoover, *op. cit.*, pp. 33-42; Etienne Van de Walle y John Knodel, "Demographic Transition and Fertility Decline: The European Case", documento presentado a la conferencia anual de la Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población, Sidney, Australia, 1967, pp. 49-49; Raimer Makensen, "Theoretical Consideration Regarding Differential Transition", documento presentado a la misma conferencia, pp. 37-38; Stanley Freedlander y Morris Silver, "A Quantitative Study of the Determinants of Fertility Behavior", *Demography*, vol. 4, núm. 1, 1967, pp. 30-61; Naciones Unidas, *Situación y tendencias de la mortalidad en el mundo, op. cit.*, 1965, pp. 7-9.

⁷ David M. Heer, "Economic Development and Fertility", *Demography*, vol. 3, núm. 2, 1966, pp. 423-424.

⁸ Alfred Sauvy, *Teoría general de la población*, Madrid, Aguilar, 1957, pp. 403-410.

⁹ En 1940 la tasa de natalidad era de 43.5 por mil y en 1960 de 46.0 por mil.



unión a edades más tempranas.¹⁰ En nuestro país, especialmente en las áreas urbanas, en las que pueden existir mayores oportunidades de empleo, el desarrollo económico no ha afectado a esta variable intermedia¹¹ (edad al casarse) en la dirección esperada, de acuerdo al pensamiento malthusiano y a autores modernos¹² ya que tanto la proporción de solteros como la edad media al casarse se han elevado.

Lo anterior respalda nuestra afirmación de que los aumentos en la fecundidad son más aparentes que reales.

Por otra parte, los altos niveles de natalidad en México probablemente están determinados en gran medida por las estructuras sociales y psicológicas existentes. La estructura social, al igual que la demográfica, es de tipo piramidal, en la que predominan los segmentos tradicionalistas y cuyos patrones de formación familiar difieren del sector modernis-

¹⁰ David M. Heer, *op. cit.*, pp. 424-426; David M. Heer y Elsa S. Turner, "Areal Differences in Latin American Fertility", *Population Studies*, vol. XVIII, núm. 3, marzo, 1965, pp. 290-292.

¹¹ Ronald Freedman, Kingsley Davis y Judith Blake, *Factores sociológicos de la fecundidad*, México, CELADE-El Colegio de México, 1967, p. 19.

¹² David M. Heer, *Economic...*, *op. cit.*

ta que numéricamente es inferior al primero. En las sociedades tradicionalistas las normas y valores que los individuos utilizan tanto frente al problema de la concepción como en su comportamiento en la sociedad están determinados por factores socioculturales. El control de la fecundidad en estas sociedades se realiza a través del control matrimonial (sobre todo retardando la edad del matrimonio) o en menor proporción por medio del aborto.¹³

El segmento modernista, por el contrario, que se localiza en los grandes conglomerados urbanos, adopta una conducta más racional frente al problema del reemplazo físico de sus miembros así como también con relación a la cantidad y calidad. Esta actitud más racional que existe dentro de los sectores modernos es más pluralista en su enfoque hacia la anticoncepción, creándose así actitudes y motivaciones sobre este problema distintas a las existentes en las sociedades tradicionalistas.

Los estudios¹⁴ que se han realizado en México indican que existe fecundidad diferencial entre las áreas urbanas y las rurales, siendo mayores los niveles en estas últimas. Asimismo se han encontrado patrones de comportamiento diferenciales con variables tales como la educación, la ocupación y el status ocupacional tanto a nivel urbano como rural. En cuanto al conocimiento y uso de anticonceptivos, existen también diferencias entre las áreas urbanas y las rurales; en las primeras, su conocimiento y su uso están relativamente más generalizados que en las segundas.¹⁵

Si se considera que la mayoría de los segmentos tradicionalistas habitan las áreas rurales, y que la mayor parte de los modernistas están en los grandes centros urbanos, la existencia de los diferenciales, tanto en sus niveles como en el grado de racionalidad frente a la anticoncepción, parece estar más de acuerdo con esta explicación sociocultural del fenómeno.

¹³ N. B. Ryder, "Fertility", en Hauser y Duncan (compiladores), *The Study of Population: An Inventory and Appraisal*, Chicago, University of Chicago Press, 3a ed., 1963, pp. 429-434.

¹⁴ Robert Carleton, "Tendencias y diferenciales de la fecundidad en América Latina", *The Milbank Memorial Fund*, vol. XLIII, núm. 4, octubre, 1965, Parte 2, pp. 24-27; Robert Burnright, Nathan Wheten y Bruce Waxman, "La fecundidad diferencial rural-urbana en México", *Ciencias Políticas y Sociales*, año IV, núm. 11 y 12, enero y junio, 1958; Carmen A. Miró y Walter Mertens, "Influences Affecting Fertility in Urban and Rural Latin America", *The Milbank Memorial Fund*, vol. XLVI, núm. 3, julio, 1968, Parte 2.

¹⁵ Carmen A. Miró y W. Mertens, *loc. cit.*



Otro de los factores que han afectado a esta variable es la disminución de las mortalidades general e infantil. El descenso de la mortalidad general ha contribuido a la prolongación de la unión conyugal, ampliándose la duración del periodo reproductivo de la pareja y paralelamente su exposición al riesgo, lo cual aumenta las posibilidades de procreación de la pareja bajo el régimen de reproducción biológica en el que una de las formas de regular la fecundidad es a través del control prudencial. La disminución de la mortalidad prenatal ha aumentado las probabilidades de que los embarazos, si no se producen abortos, terminen en una alta proporción en un nacido vivo. Sin embargo, si se considera sólo el efecto de la disminución de la mortalidad sobre la fecundidad bajo el régimen de reproducción biológica, sería de esperar que los niveles de fecundidad fuesen mayores que los que se han observado en la última década. Si a lo anterior se añade que ha habido un mejoramiento en las estadísticas vitales, la existencia de este ligero aumento de la tasa de natalidad no puede explicarse en términos del control prudencial, sino que por el contrario es probable que la población

haya adquirido relativa conciencia, vía la disminución de la mortalidad, del problema demográfico y asimismo esté utilizando alguna medida de control de la fecundidad ya sea lícita o ilícita. Lo anterior explicaría la estabilidad de los niveles de natalidad observados y asimismo que la utilización de alguna forma de control esté contrarrestando los aumentos que se producirían en la fecundidad por la disminución de la mortalidad.

Por otra parte, la reducción de los niveles de mortalidad, la aceptación por la sociedad del trabajo femenino, los aumentos en las oportunidades de empleo, la elevación en los niveles educativos de la población, el conocimiento y uso de métodos anticonceptivos, son hechos económicos, sociales y psicológicos indicativos de los cambios estructurales que se están operando en nuestra sociedad.

Algunos de estos cambios, en especial los relacionados con las actitudes, se están dando con mayor rapidez en los grandes centros urbanos por existir en los mismos las condiciones que los facilitan.

Es probable que en las áreas rurales y semirurales estén aún en una etapa incipiente por ser mayores los obstáculos y menores las condiciones que los favorecen, como consecuencia de un mayor apego a las normas, valores, metas y sistemas de preferencia propios de la sociedad tradicionalista, que es la predominante entre estas poblaciones.

Esta reticencia al cambio puede estar determinada, además, por la relativa participación que han tenido estas poblaciones en los beneficios derivados de los cambios en la estructura económica del país.

Además de otros factores, los dos aspectos mencionados en los dos párrafos precedentes contribuyen a la no realización de cambios profundos y substanciales en los sistemas familiares ni en los patrones de reproducción.

La importancia numérica del segmento tradicional de nuestra sociedad conjuntamente con su comportamiento son los que probablemente expliquen el elevado nivel de la natalidad que prevalece en México. El descenso de la mortalidad ha contribuido a acelerar el crecimiento de la población y en menor medida al rejuvenecimiento de la misma; por otra parte, los niveles elevados de la natalidad han contribuido también al rápido crecimiento de la población, aunque su principal efecto ha consistido en rejuvenecerla.

Crecimiento de la población

El comportamiento de estas variables, como ya se mencionó anteriormente, ha originado que el crecimiento natural, entre 1940-60, haya aumentado en un 66.7%, al pasar de 20.7 por mil a 34.5 por mil.

Con la tasa de crecimiento natural observada en 1940 la población requería 33.8 años para duplicarse, mientras que con la tasa de 1960 se necesitan sólo 20.4 años, o sea que se ha acortado en un 39.6% el tiempo necesario para que la población se duplique.

En los estudios realizados en otros países se ha encontrado que existe asociación positiva entre tasas de crecimiento del producto bruto y de la población,¹⁶ y es probable que en México se encuentre el mismo grado de asociación entre estas dos variables. Por otra parte, poco se sabe sobre la asociación entre la aceleración del crecimiento de la población¹⁷ y la aceleración de algunas variables económicas o sociales. Comparando, por ejemplo, el comportamiento de la tasa de crecimiento del ingreso per cápita, la tasa de crecimiento de la población y la del alfabetismo entre 1940-60, se observa que sólo durante el periodo 1940-50 las tasas de crecimiento del ingreso per cápita y la del alfabetismo fueron superiores a la de la población. La tasa del ingreso per cápita fue de 3.89%, la del alfabetismo del 3.12 y la de la población del 2.69%. En la década siguiente los valores respectivos fueron 2.77, 0.79 y 3.01 por ciento.

El comportamiento de estas variables a nivel nacional sugiere que es probable que exista una relación inversa entre el proceso de aceleración de la población con el del ingreso per cápita y el del alfabetismo y asimismo entre el alfabetismo y el ingreso per cápita a partir del decenio de los 50.

La comprobación de esta hipótesis en nuestro país implicaría que la aceleración de la población está gravitando negativamente sobre el ingreso per cápita y el alfabetismo.

Rejuvenecimiento

En los procesos de renovación, la existencia de los distintos estados: estacionario, estable o cuasi-esta-

¹⁶ Colin Clark, "Population Growth and Living Standards", en A. N. Agarwala y S. P. Singh (compiladores), *The Economics of Underdevelopment*, Nueva York, Oxford University Press, 1963, pp. 50-52; Simon Kuznets, *Modern Economic Growth Rate, Structure and Spread*, New Haven, Yale University Press, 1966, pp. 63-72.

¹⁷ Kuznets, *op. cit.*, menciona algunos aspectos del proceso de aceleración, pero sólo hace referencia a la aceleración de la población.



ble, está determinada por el comportamiento de sus parámetros.

En el caso de la población, que queda dentro del campo de la teoría de la renovación, los parámetros son las leyes de reproducción y sobrevivencia a que está sujeta la misma. En estos procesos existe relación entre el comportamiento de los parámetros y los distintos tipos de estados que generarán, como en la configuración de una determinada estructura.

El comportamiento, en el pasado, de la natalidad y la mortalidad han generado un proceso cuasi-estable y una configuración de la estructura por edades de la población de México de tipo piramidal o estructura joven, que se caracteriza por tener una elevada proporción de población en edades de 15 años y menos.

El rejuvenecimiento de la población de México tiene implicaciones en el crecimiento económico. Una de éstas es que a medida que la población se rejuvenece las relaciones de dependencia sufren un deterioro como consecuencia del aumento más que proporcional de la población no trabajadora o de-



pendiente; básicamente, por el aumento de la población menor de 15 años.¹⁸

Esta elevada proporción de población joven tiende a ejercer mayor presión sobre las facilidades existentes: escuelas, maestros, clínicas, guarderías, vivienda, servicios médico-asistenciales, etcétera.

Otra de las manifestaciones de este rejuvenecimiento es el predominio de niños en la composición familiar, los que por sus características son unidades de consumo y no de producción. Este fenómeno afecta los niveles de bienestar de las familias, en especial las de bajos ingresos que son la mayoría, y a nivel agregado afecta a las variables económicas.

Por otro lado, la estructura de la población influye en el volumen y las características de la población que se incorpora a la actividad. Se estima que entre 1960 y 1965 el número de personas que ingresaron anualmente a la actividad fue de 511 000; pero teniendo en cuenta los retiros y las defunciones el au-

¹⁸ José B. Morelos, "Entradas a la actividad, salidas y vida media activa en México, 1960-65", *Demografía y Economía*, vol. II, núm. 1, 1968, p. 20.

¹⁹ José B. Morelos, *loc. cit.*, p. 30.

mento medio anual fue de sólo 356 000 personas.¹⁹ Entre 1950-1960, el aumento medio anual fue de 260 000 personas.

Considerando esta característica en relación con los probables niveles educativos de la mano de obra que se incorpora a la actividad, sólo cerca de 40 000 personas cuentan probablemente con algún tipo de formación profesional o subprofesional, y alrededor de 300 000 poseen educación primaria completa o incompleta. Esta consideración se hace en función de la estructura por edad de la población que ingresa a la actividad.

Es muy probable que esta población en su mayoría no tenga ni la calidad ni las calificaciones que se demandan en el mercado de trabajo, originándose en muchos de los casos un desperdicio del recurso humano o una subutilización del mismo ya que el desarrollo económico vía industrialización requiere de mano de obra calificada. De esta forma la no utilización o subutilización de este recurso genera en la economía un costo social mayor que los beneficios que produce.²⁰

La incorporación a edades jóvenes está también determinada por la distribución del ingreso, la que a su vez incide en los altos niveles de deserción del sistema educativo. La distribución del ingreso, además de otros factores de carácter cultural, influye en la calidad y cantidad del régimen alimenticio de la población trabajadora.

Tanto la edad como los niveles educativos y la dieta alimenticia tienen efectos sobre la eficiencia de la mano de obra, la que a su vez afecta la eficiencia de la economía.

Desde el punto de vista demográfico el rejuvenecimiento de la población da origen al potencial de crecimiento.

El potencial de crecimiento es la capacidad inherente que tiene toda estructura por edad para asegurar el crecimiento de la población en el caso de que se produjese una modificación substancial de la ley de nacimientos tal que la tasa de natalidad resultase menor o igual a la tasa de mortalidad.

En el supuesto de que México en 1960 hubiese abatido su ley de natalidad al límite mínimo para

²⁰ Centro de Estudios del Desarrollo, Universidad de los Andes, CEDE, *Empleo y desempleo en Colombia*, Bogotá, ed. Revista Colombiana y Universidad de los Andes, 1968, p. 24.

asegurar sólo el reemplazo de la población, la población mexicana aumentaría en un 50 o 60% durante los próximos 80 o 100 años. Este aumento estaría determinado únicamente por la fuerza de inercia acumulada en la estructura por edad.

El dinamismo que tiene la estructura por edad para asegurar el crecimiento varía de acuerdo con el tipo de estructura (joven, en proceso de envejecimiento o envejecida) que se cuenta en el momento inicial.

La característica del potencial del crecimiento es un aspecto que en las discusiones acerca del problema demográfico no se menciona, no obstante ser un elemento adicional del mismo.

Consideraciones finales

El problema demográfico en México está determinado por diversos factores: económicos, sociales y psicológicos entre otros, los cuales han afectado a las variables en direcciones distintas. El comportamiento de la variable natalidad es la que determina el rejuvenecimiento y el potencial de crecimiento, y conjuntamente con el de la mortalidad explica las elevadas tasas de crecimiento de la población. De acuerdo con estas características, el problema demográfico ya está presente.

La estabilidad de los niveles de natalidad entre 1940 y 1960, no obstante la reducción de la mortalidad y el mejoramiento de las estadísticas vitales, sugiere que la población está utilizando algún medio de control de nacimientos, no para reducir el tamaño de la familia sino para mantenerlo a los niveles que predominaban cuando la mortalidad era más elevada. Así, la disminución de la mortalidad, consecuencia de factores no económicos y económicos, ha contribuido a que la población tenga una conciencia relativa del problema demográfico.

Los medios de comunicación, el conocimiento y el uso de métodos anticonceptivos más generalizados, las facilidades existentes al respecto, los enfoques más pluralistas frente a la reproducción, la participación de la mujer en las actividades económicas y la educación son, entre otros, los factores que explican los comportamientos diferenciales de esta variable entre los distintos segmentos de la población.

Desde el punto de vista económico y social, la existencia de una población joven requiere aumen-



tos considerables de las inversiones sociales para satisfacer las necesidades crecientes de la población, y asimismo de inversiones productivas. Es necesario que se cuente con políticas de inversión con objeto de lograr una utilización más racional del capital –factor escaso– y de la mano de obra –recurso abundante– y con políticas de empleo para reducir el costo económico y social generado por la subutilización del recurso humano.

Finalmente, un cambio en el comportamiento de la variable natalidad, que es la variable estratégica, dependerá de las modificaciones y rapidez de los cambios en las estructuras económicas sociales y psicológicas de la sociedad, así como de la respuesta que den a estos cambios los distintos grupos sociales. Estos cambios estructurales originarán, en los distintos segmentos de la sociedad (especialmente en aquellos en que la resistencia al mismo sea mayor), cambios en las normas, valores y actitudes frente al tamaño de la familia y consecuentemente al problema de la esterilidad voluntaria. Lo anterior contribuirá a desacelerar el crecimiento de la población y a solucionar a mediano plazo, parcialmente, el problema. Porque la disminución del potencial de crecimiento y la modificación de la estructura requerirán un plazo mayor.

Homenaje al doctor

José Benigno Morelos González

Buenas tardes. Gracias por acompañarnos en esta ceremonia que organizó el Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales de El Colegio, con el propósito de reunirnos para recordar, con el cariño que siempre le tuvimos, a nuestro muy querido amigo Pepe Morelos.

Creo que a Pepe le gustaría que lo recordáramos con alegría, más que con el solemne y frío minuto de silencio. Por eso les propongo, si están de acuerdo, que mejor al final de esta reunión tengamos un brindis en honor de nuestro estimado Pepe Morelos.

Agradecemos la presencia de las hermanas y familiares de Pepe. Lamentamos que no nos acompañen en esta ocasión su esposa Rose y sus hijos Rodrigo y Patricio. Entendemos que están pasando por momentos muy difíciles y penosos para ellos. Les mandamos un abrazo, el cariño y el reconocimiento de todos los que compartimos muchos momentos gratos con Pepe.

Con Pepe me unen muchos años de amistad. Tuve la suerte de conocerlo en 1969, cuando Gustavo Cabrera me invitó a trabajar en un proyecto del Centro de Estudios Económicos y Demográficos. En ese proyecto participaba también Pepe. Desde entonces inició nuestra amistad, que se mantuvo siempre en muy buenos términos. Llegamos a tener una espléndida relación, muy cordial, que nos mantuvo vinculados en forma personal por más de 42 años. En todo ese tiempo nuestra amistad fluyó sin dificultad alguna; siempre nos llevamos muy bien y nos permitíamos bromas, en algunas ocasiones un poco

pesadas, que siempre soportábamos. Pero también me permitió, en más de una ocasión, que lo regañara, y como buen cuate, simplemente me ignoraba o saliera yo regañado.

La amistad que tuvimos trascendió a casi toda mi familia. Desde luego que mis padres conocieron muy bien a Pepe, así como mi esposa, quien también conoció muy bien a Rose. Al igual que mis hermanos, varios de mis tíos tuvieron amistad con él, no sólo Gustavo Cabrera, y al menos otros dos de ellos lo conocieron muy bien. Gracias al carácter amable y cordial de Pepe, esta amistad la compartimos también con su familia.

Recuerdo las gratas veladas en las que jugábamos unas partidas de dominó con mis padres, con Gustavo Cabrera y su esposa y con mis tíos. La verdad en el dominó Pepe no era muy bueno, más bien no era nada bueno, pero eso sí, le ponía muchas ganas, y sobre todo pasábamos unos momentos muy gratos, que era el propósito de esas reuniones.

Profesionalmente, aunque en diferentes actividades, también coincidimos muchos años. Primero, en El Colegio de México; después trabajamos juntos en el Consejo Nacional de Población (Conapo), de 1977 a 1982, nuevamente bajo la dirección de Gustavo Cabrera. Después del Conapo regresamos a El Colegio.

Con Pepe estuve a punto de trabajar directamente en 1983 o 1984, cuando fue director de Población en el Gobierno del Distrito Federal. Un día me habló para invitarme a que me incorporara a su equipo de trabajo; rápidamente se arrepintió de la invitación,



lo cual le agradecí siempre pues me permitió disfrutar de al menos dos excelentes comidas a las que él me invitó. Pero, sobre todo, porque me permitió continuar trabajando en esta gran institución.

Recuerdo que cuando se reintegró a El Colegio colaboraba muy estrechamente con don Víctor Urquidi. Tengo muy presente la deferencia con que lo trataba don Víctor, lo tenía en gran estima, al igual que los siguientes presidentes de El Colegio, quienes –estoy seguro– también lo apreciaron bien no sólo por reconocer su trayectoria profesional, sino también por su institucionalidad. Siempre fue muy comprometido, solidario y generoso con El Colegio. Con Mario Ojeda también tuvo una estrecha amistad; en ocasiones, como muestra del cariño que le tenía, Mario le decía “el gran gesticulador”. De la misma manera Andrés Lira lo apreció y se refería a él con mucho respeto. Con Javier Garciadiego mantuvo no sólo una buena amistad, sino también una grata vecindad que les permitió hacer rondas para venir a El Colegio.

Pepe supo relacionarse bien y sin conflictos con sus colegas y amigos, una muestra de ello es la presencia de todos nosotros en este acto. A Pepe se le quiso como un amigo leal, sincero y generoso. Así te

recordaremos siempre, con mucho cariño y gratitud, gracias por darnos tu amistad.

Ahora mejor le doy la palabra a quienes hablarán de su trayectoria profesional y de sus aportaciones al campo de la demografía. Los miembros de la mesa no requieren ninguna presentación especial, todos son muy conocidos por nosotros y fueron también excelentes amigos y, algunos de ellos, compañeros de correrías de Pepe Morelos. Silvia Giorguli, alumna y colega de Pepe Morelos; Francisco Alba, uno de los pioneros de los estudios demográficos en El Colegio, junto con Cabrera, Pepe, Susana, Julieta y otros también muy distinguidos demógrafos; José Luis Lezama, colega y compañero de poesía de Pepe; Manuel Ordorica, discípulo, ayudante, colega y coautor de la tabla cuadrada que diseñó con José Morelos y que, según me decía Pepe, le tomó a Manuel varios años darse cuenta de que no era tabla, ni cuadrada y que realmente no tenía ninguna utilidad (seguramente Manuel podrá dar más detalles de esta experiencia); José Luis Reyna, amigos desde Chile, en donde estudiaron Pepe en Celade y José Luis en Flasco; José Carlos Ramírez, con quien los unió una estrecha hermandad de muchos años.

Gracias a todos. Los invitamos a brindar por nuestro amigo el doctor José Benigno Morelos González, Pepe Morelos. ❧

Palabras a mi profe Pepe Morelos

Comienzo por agradecerles a todos ustedes por acompañarnos en este homenaje y despedida a José Morelos, profesor, colega y amigo de muchos de nosotros.

Mi participación será breve. Quisiera hablar primero de Pepe Morelos, colega mío en mi papel de profesora del CEDUA, y colega también desde que comenzó mi periodo en la Dirección hace casi tres años. Tal vez tardíamente, pero en este espacio agradezco a Pepe el apoyo que me dio cuando era profesora recién ingresada a la planta del CEDUA y en mi trayectoria posterior. Como muchos otros de los profesores del Centro, reconozco en Pepe un ánimo para conversar e intercambiar ideas, para discutir sobre ideas y proyectos –unos se concretaban, otros no–, siempre con una visión optimista. Y también lo veo como una persona curiosa con disposición para incursionar hacia nuevos temas; sirva como ejemplo el trabajo que estaba desarrollando sobre violencia en México desde una perspectiva sociodemográfica, tema nuevo para él y también poco desarrollado entre los demógrafos.

La otra faceta de la que quiero hablar es la de José Morelos, mi profesor en el curso de Mortalidad cuando yo era estudiante de la Maestría en Demografía. Después de muchos años de haber estado trabajando en el área de fuerza de trabajo, a mi generación y a muchas de las que nos si-

guieron nos tocó conocer a José Morelos como profesor en los cursos de Mortalidad. Creo que su entusiasmo por el tema y su calidez coadyuvó a que siete de las nueve mujeres que conformábamos mi generación hiciéramos nuestras tesis sobre ese tema. Puedo decir, sin equivocarme, que el recuerdo de José Morelos es el de un profesor atento, que escuchaba y que alentaba a los estudiantes a tomar nuevos caminos y a buscar nuevos proyectos. Así lo recuerdo yo en mi etapa de estudiante y en mi etapa posterior, antes de irme a hacer el doctorado.

Finalmente quisiera hablar de Pepe Morelos, mi colega demógrafo. Ya en la reciente ceremonia de los 30 años de la Somede lo recordamos. Lo que no dije ese día es que después de que la comunidad se enteró de su muerte, recibí varios correos y llamadas de colegas demógrafos que hablaron con nostalgia del colega solidario con quien compartieron seminarios, proyectos y discusiones. Como lo hice en la ceremonia de Somede, cierro compartiendo con ustedes la referencia que uno de los demógrafos hacía: la imagen de Pepe como una persona alegre, conversadora y muy buen cuate.

Descanse en paz. 



Álvaro Baillet Gallardo y José B. Morelos

Imágenes fugaces convertidas en recuerdos de José B. Morelos

En estos momentos este homenaje para mí es ante todo un acto *In memoriam* de José B. Morelos; es decir, es tiempo de recuerdos como una forma de recuperar las diversas facetas de su personalidad; recuperar, por lo tanto, al colega, al amigo y al profesional –el experto en cuestiones de población.

Comenzaré por la faceta más personal, la del amigo.

En estos días me he preguntado en más de una ocasión, ¿qué hizo que entre José B. Morelos y Francisco Alba se estableciera una buena relación, más precisamente una relación de amistad?, ¿qué hizo que muy temprano en esa relación José B. Morelos pasara a ser Pepe?

Sin proponérmelo, varias consideraciones han pasado por mi mente en esa búsqueda inadvertida de razones, si bien creo que la amistad no se “racionaliza” del todo. En estos momentos, ese proceso de búsqueda inadvertida se traslapa con un proceso de recordar que se parece a lo que sucedía cuando “el cine era más lento” (ahora todo es muy rápido) o a esa etapa de selección de imágenes en el proceso de develado de los rollos de fotografía, cuando se tienen las tiras fotográficas frente a los ojos y se las va recorriendo con cierta lentitud. De pronto hay una imagen, un detalle o un gesto que llama la atención.

Algo por el estilo me debió de haber pasado con la secuencia de imágenes y recuerdos de José B. Morelos que en días pasados han transcurrido por mi mente. Un hecho, casi un mero accidente, terminó por llamarme la atención “a la manera de una imagen” que

cautiva. Creo que fue la toma de conciencia de que había, desde un principio, de una cierta “comunidad de intereses”; comunidad de intereses que descansaría, en su origen, en lo que yo denomino “el factor regional”: en otras palabras, la existencia de una cierta “regionalidad” compartida. Tal vez ese fue el detonador que echó a andar otras cosas.

La regionalidad a la que me refiero es el haber compartido ambos un espacio –físico y cultural– que forma parte del centro de México; pero que es un espacio que, a la vez, se abre a las inmensas llanuras semiáridas del Norte de México, más precisamente del Noreste. Ese espacio estaba compuesto, en parte, por la zona del norte de Guanajuato y la zona del sur de San Luis Potosí, y se encontraba baja la influencia de dos potentes fuerzas de atracción: la ciudad de México y la de Monterrey. A ambos nos atrajeron en su momento las dos ciudades. El Tec de Monterrey se llevó a Pepe para su formación universitaria (para mí el Tec fue una mera posibilidad). Años después, la ciudad de México nos puso en contacto.

Soy consciente que los comentarios siguientes tienen una fuerte carga de “provincialismo regional”. En aquellos años San Felipe Torres Mochas tenía una órbita que giraba un tanto alrededor de San Luis Potosí. Estoy casi seguro que a Pepe no le habría gustado esta expresión, por lo que la cambio a una probablemente más adecuada: San Felipe tenía muchos contactos con San Luis.

Conocíamos personajes y “familias” de nuestros respectivos asentamientos –él muchos del mío, yo algunos del suyo–; compartíamos experiencias; con-



versábamos sobre problemas comunes –el clima, la falta de lluvia, la cosecha de chile y los comerciantes potosinos que la comercializaban, las visitas a médicos conocidos, las políticas locales–. De esas primeras conversaciones “localistas” y personales se derivaron muchas otras sobre temas diversos y acerca de intereses cambiantes.

Tal vez esos recuerdos sufren ya, como todo, los estragos de la historia... y pasan por la mente cada vez más desdibujados –como esas imágenes color sepia que hablan de otros tiempos, de tiempos pasados– porque la vida sigue su curso.

En mis recuerdos se entrelazan las facetas del colega y el profesional porque ambas son para mí una especie de “coincidencia” en el tiempo; en un tiempo que se extiende por poco más de cuatro décadas, ya que la trayectoria del demógrafo y el experto en población José B. Morelos era también la convivencia casi cotidiana con el colega Pepe de El Colegio de México, cuya oficina no estaba muy lejana de la mía, cuyos compañeros de trabajo eran también mis compañeros de trabajo y cuyos coautores en alguna medida también eran autores con los cuales tuve el privilegio de ser coautor –pienso de manera particular en Víctor

L. Urquidi y en Gustavo Cabrera, con quienes José B. Morelos colaboró estrecha y diversamente.

En esta conjunción de facetas –la del colega y la del profesional– la formación de ambos como economistas nos ofreció un campo para el diálogo, la vivencia de compartir algo, de tener un lenguaje común. Tal vez haya sido por esta afinidad disciplinaria que en más de alguna ocasión nuestros intereses temáticos se cruzaron, como era el caso con algunos temas sobre desarrollo económico, sobre mercados laborales o sobre cuestiones regionales.

Creo que una de las etapas más productivas de José B. Morelos se desarrolló en los años 1970 y 1980, cuando la demografía mexicana se hacía de un nombre propio, creaba un nicho para sí misma. En esa etapa el nombre de José B. Morelos se encuentra estrechamente asociado a los de Víctor L. Urquidi y de Gustavo Cabrera, ya mencionados, con quienes mantuvo una larga relación de trabajo y amistad.

No voy a exaltar las cualidades profesionales de José B. Morelos, el experto en cuestiones poblacionales; por lo menos no lo voy a hacer en abstracto. Lo que sí voy a hacer, en cambio, es “difundir” algunas muestras del aprecio que en la práctica tuve por su obra.

A través de los años, en algunos de mis escritos se pueden encontrar referencias a sus escritos. También, ciertamente hasta la versión 2007, entre las lecturas del curso que suelo impartir sobre “Población, Desarrollo y Políticas Públicas” se puede encontrar una que reza así: Morelos, José B., “La evolución del problema demográfico”, en Miguel S. Wionczek *et al.* (coord.), *Disyuntivas sociales. Presente y futuro de la sociedad mexicana*, vol. II, SepSetentas, 1971, pp. 53-78.

En la versión 2011 de ese mismo curso, que actualmente impartimos Silvia Giorguli y yo, hay dos lecturas que llevan también su nombre (en este caso son textos en coautoría, cuyo primer autor es José Carlos Ramírez, aquí presente, por lo que no abundaré al respecto). Una, de 2002, fue publicada en *El Trimestre Económico*; la otra, recién publicada en el número de enero-abril de 2011 en *Estudios Demográficos y Urbanos*, se titula “La contemporaneidad del Ensayo o por qué no es conveniente olvidar a Malthus”. He mencionado el hecho de la inclusión de dos obras de José B. Morelos —de 1971 y de 2011— en mi programa de lectura porque me parece que esos dos títulos, aparentemente tan diferentes, puestos uno al lado del otro reflejan algunas de las características más sobresalientes del trabajo profesional de José B. Morelos, ya que dejan entrever “bien” las inclinaciones del investigador que combinaba el acercamiento empírico con la reflexión

teórico-abstracta, el manejo del instrumental formal con la orientación explicativa y analítica.

Allá por el año 1999 invité a José B. Morelos a formar parte de un grupo que se lanzó a revisar la cuestión regional de México en el contexto de la integración internacional del país; accedió con entusiasmo a responsabilizarse de la dimensión demográfica de ese proyecto; y trabajamos muy a gusto. Pocos años después volvimos a colaborar, publicando conjuntamente la entrada “Población y grandes tendencias demográficas” en el vol. VIII de la *Historia general de América Latina*, un proyecto de la UNESCO, publicada en 2008.

Termino volviendo al amigo y al colega.

En un número reciente, 24 de septiembre, del semanario *Babelia de Este País* leí algo que me hizo recordar a Pepe —no lo pude evitar. Se trata del título de una reseña sobre el libro *El retorno*, una novela cuyo autor es Tahar ben Jelloun. Ya han de imaginar, por los temas que yo trabajo, que “el retorno” de esa novela se refiere al retorno de los migrantes a su tierra, Marruecos en este caso. Pero en las circunstancias en las que leía esa reseña, y en las circunstancias presentes, esas migraciones que yo estudio pueden no ser sino una metáfora. El título de esa reseña es “Polvo y silencio”; y en el cuerpo de la reseña se lee que “nuestra única seguridad es el paso del tiempo”.

Descanse en paz “el buen Pepe”. 





José Emilio Pacheco, Cristina Pacheco y José B. Morelos

José Morelos, el ser humano

Quiero recordar a Pepe leyendo un poema para él; sé que lo escuchará, en dondequiera que se encuentre, tal vez aquí mismo, no lejos de este lugar que fue el suyo, donde habita su recuerdo, donde puede constatarse su presencia, sus pasos, y donde deambuló gran parte de su vida. Es un poema llamado *La otra orilla*, de José Carlos Becerra, poeta tabasqueño que murió a los 33 años, a principios de los años setenta. Lo voy a leer porque uno de los primeros contactos que tuve con Pepe, allá por 1981, tuvo algo que ver con la poesía. Primero porque en su cubículo de esos años leíamos poesía y, segundo, por su veta poética, la cual conocí cuando un día, de esos remotos tiempos, nos dio por intentar escribir unos versos de manera conjunta, alentados por una especie de inspiración repentina, nacida en un restaurante, ante la aparición casual y fugaz de una hermosa y antigua amistad de los tiempos de la universidad, y después de una visita a la Casa Seller, productora semiartesanal de vinos, de una familia catalana ubicada en Iztapalapa, en donde habíamos degustado un buen vino y jamón serrano español. Pepe me dijo que, inspirados como estábamos, por qué no escribiéramos conjuntamente unos versos, y así lo intentamos. A pesar de que esos versos no resistieron ni la *roedora crítica* ni el paso del tiempo, recuerdo el primer renglón, escrito por Pepe, el cual decía así: “Las berzas entrelazadas me hablan del amor”.



José Morelos tuvo muchos méritos académicos, como demógrafo, como investigador riguroso de los problemas que tenían que ver con la dinámica de la población, sobre todo con el empleo y sus relaciones con lo demográfico. Fue también coautor de la política demográfica de México, de aquella enunciada a principios de los años setenta, construida sobre todo por los demógrafos de El Colegio de México, por el grupo que dirigió Gustavo Cabrera.

Mi cercanía, no obstante, fue más con el ser humano, con el hombre de sentimientos, con aquel que vivió en duda permanente, en búsqueda, en su propia búsqueda, que se cuestionó la vida, su vida. El amigo dispuesto a mostrarse en su lado humano, a intercambiar afectos, emociones, más allá de lo intelectual y que, al seguir esa ruta, se golpeó muchas veces con el mundo por él habitado.

Pepe era una persona sensible, guiada en mucho por los sentimientos, por el afecto, por lo íntimo y originario. Así lo recuerdo, así lo quiero seguir recordando, como un ser humano que se buscó en este mundo, que luchó por encontrarse en él, y cuyos sistemas de navegación para encontrar su rumbo en la vida tenían mucho que ver con el corazón. 

Pepe Morelos y la demografía de México

En 1968 ingresé a El Colegio de México como ayudante de investigador del Centro de Estudios Económicos y Demográficos (CEED). Empecé colaborando con Ariel Buirá y a los pocos meses pasé a trabajar con José B. Morelos. A Pepe, como le decíamos cariñosamente, lo conocí en diferentes fases de su vida: como investigador y yo su becario (hoy se dice así), como coordinador de la Maestría en Demografía y yo como alumno, y como colega en la Política de Población, y él como director del Centro.

En 1967, después de que Pepe regresara del Celaide, en Chile, en donde había terminado el curso básico y el avanzado en Demografía, se dedicó como investigador al análisis del empleo, siendo yo su becario. El primer trabajo en el que colaboré con él fue un estudio de los cambios de un estado a otro de la población activa e inactiva. Estaba usando una metodología de tipo markoviano. Me dediqué a calcular las probabilidades de transición de activos a inactivos, de inactivos a activos, de activos que permanecen activos, y de inactivos que se mantienen inactivos. ¿Me entendieron? Trabajábamos tablas de vida activa y obteníamos los indicadores fundamentales como la esperanza de vida activa por edad. Su texto “Entradas y salidas a la actividad en México” se publicó en la revista *Demografía y Economía* en 1968. Sin duda alguna fue un trabajo pionero. Recuerdo que aplicamos un método que se llama la Tabla Cuadrada, que consiste en ajustar los mar-

ginales verticales observados con otros teóricos también verticales, y luego se ajustan los marginales horizontales observados también con otros teóricos horizontales. Esto teníamos que hacerlo varias veces en forma iterativa hasta que la tabla convergiera, es decir, hasta que los teóricos y los estimados fueran iguales. Nunca volví a ver este método en mi vida y tampoco lo entendí, pero al final llegábamos a la convergencia. Me imagino que se basa en la teoría de álgebra de matrices. El método dio buenos resultados. Pepe era muy intuitivo y sensible al uso de cifras demográficas.

En una segunda etapa lo conocí como coordinador académico de la Maestría en Demografía y yo como alumno, cuando inicié en 1969 mis estudios en Demografía en el Centro de Estudios Económicos y Demográficos (CEED), hoy Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales (CEDUA). Siendo Pepe el coordinador, nos dijo a los actuarios: “Ustedes ya llevaron Matemáticas y Estadística en la Facultad de Ciencias, ahora van a llevar Estadística con los estudiantes de la Maestría en Estadística del CEED y Matemáticas otra vez en la Facultad de Ciencias.” Inmediatamente dijimos “¡Qué injusto!” En mis adentros pensé que los estudiantes de Demografía deberíamos tener los mismos cursos, sobre todo porque nos jugábamos la calificación en un ambiente supercompetitivo. Decíamos, “los que vienen de ciencias sociales tienen ventaja sobre nosotros en su campo”. Al final de cuentas, llevamos las



materias de Estadística con los compañeros de la Maestría en Estadística, y Análisis Matemático en la Facultad de Ciencias. La verdad es que tuvimos dificultades. En Estadística vimos Regresión de Risco, Poisson Doble y Mezcla de Poissones, y en Matemáticas revisamos conceptos muy abstractos. Apenas alcanzamos el ocho de calificación en ambas materias. Sufrimos, pero a la distancia le agradezco mucho a Pepe su interés por mejorar el nivel, aunque por poco nos sacan de la maestría. Fue una decisión inteligente que le agradecemos. También le reconozco que, cuando era coordinador, siempre tuvo interés por que tuviéramos buenos profesores; uno de ellos se encuentra aquí con nosotros, José Luis Reyna, otro fue Ángel Fucaraccio y hubo muchos más.

Entre 1969 y 1970 lo conocí como profesor en los cursos de Introducción a la Demografía y Población Económicamente Activa (PEA). Nos enseñó a tener sensibilidad a los datos y sobre todo a realizar investigaciones bien estructuradas. Recuerdo el trabajo final que nos dejó, en el que nos hizo ir al meollo del problema. No nos dejaba escribir palabras de más. Para los actuarios eso era fácil porque todo lo resolvíamos con fórmulas. En un examen nos puso un conjunto de datos demográficos de un país imaginario y nos preguntó: ¿De qué país son estos datos? La verdad es que nos enseñó a leer números y a utilizar el análisis demográfico en forma no mecánica.

Durante poco más de un quinquenio Pepe se centró en el análisis de la PEA, en la que yo considero una de sus etapas más creativas. En 1970 varios profesores-investigadores de El Colegio obtuvieron el Premio Anual de Economía con la publicación *La dinámica de la población en México*, premio que otorgó Banamex. Pepe escribió el capítulo sobre fuerza de trabajo. En 1975 vol-

vimos a trabajar juntos en el *Estudio Demográfico del Distrito Federal*, compuesto por cinco volúmenes y coordinado por Gustavo Cabrera y Luis Unikel. Ahí trabajamos Pepe, Alberto Palma, Yolanda Palma y Alejandro Rodríguez, a quien también recordamos con cariño. Pepe escribió en el segundo tomo sobre las proyecciones de la mano de obra en el Distrito Federal.

Luego nos volvimos a relacionar estrechamente al final del decenio de los setenta, cuando yo trabajaba en el Consejo Nacional de Población (Conapo). En esa etapa tuve la oportunidad de vincularme profesionalmente con Pepe cuando asesoró al licenciado Gustavo Cabrera en la elaboración de la política de población. Muchas de sus ideas están plasmadas en esa política de estado transexenal. Él fue parte del grupo que trabajó en la Política Demográfica Nacional y Regional. Es la política que planteó la meta en el crecimiento demográfico de 1% para el año 2000 y la política migratoria de las tres erres: retención, reorientación y reubicación.

Entre 1979 y 1982 Pepe colaboró muy cercanamente con Víctor Urquidí en la compilación de varios libros sobre población y cambio agrario, población y desarrollo, y políticas de población. Luego, a principios de los ochenta, tuvo un paso por el gobierno del Distrito Federal. Fue director de la Secretaría de Gobierno. Ahí lo perdí de vista, pero considero que su experiencia fue bien aprovechada en ese puesto. Trabajó en la Política Demográfica del Distrito Federal y un año después fue asesor de la Secretaría de Desarrollo Social del gobierno del D.F. En 1987 regresó a El Colegio como coordinador del Programa de Posgrado en Población, con Gustavo Cabrera como director, para luego en 1989 ocupar la dirección del Centro.

En 1987 me fui a Argentina y posteriormente a Caracas, Venezuela, en donde me encontraba trabajando en la UNESCO, en el Programa de Educación en Población. Desde allí le hablé a Pepe, en 1989; me invitó a venir a coordinar el Doctorado en Población, lo cual acepté. A él le debo estar de regreso en México. Como director del Centro tengo que reconocer que Pepe siempre estaba pensando en traer a los mejores demógrafos. Él y Sergio Camposortega invitaron a James Vaupel del Instituto Max Planck. Para los que no saben quién es Vaupel, les puedo decir que es uno de los demógrafos más reconocidos en el mundo.

Desde que dejó la dirección en 1990 y hasta 1997 Pepe se reintegró a su vida como profesor-investigador; quizás este periodo fue uno de sus más fructíferos como académico. Escribió diez artículos y tres capítulos en diferentes temas que tratan sobre la mortalidad, la política de población, el análisis de los datos de la población activa censal, la mortalidad diferencial de las mujeres en edad reproductiva, los números del sector formal e informal, la estructura por sexo y edad de los migrantes según el censo, la mortalidad infantil, la escolaridad y el empleo, y los diferenciales espaciales de la mortalidad en la niñez, entre otros temas; además organizó seminarios y reuniones sobre temas demográficos.

A lo largo de su vida Pepe tuvo una característica que era apreciada como cualidad para unos y defecto para otros: siempre fue directo, no andaba con rodeos: era crítico, como se acostumbra en El Colegio, pero siempre muy claro para enfrentar los problemas. Eso le causó algunas dificultades en su vida. Yo le aplaudo esa forma de ser.

En el primer decenio del siglo XXI trabajó con varios colegas en la elaboración de artículos. En 2006 coeditó con José Luis Lezama el libro *Población, ciudad, y medio ambiente en el México contemporáneo*, el cual también se tradujo al inglés. Entre 2005 y 2008 Pepe compartió la autoría en varios trabajos con Patricia Fernández Ham, Gabriela Mejía y Francisco Alba, entre otros, en temas de mortalidad por causas de adultos mayores, mortalidad en la niñez, etcétera. En esa última etapa de su vida se dedicó a estudiar las muertes violentas y avanzó en la elaboración de un libro a partir de los trabajos presentados en un

seminario que organizó sobre ese tema en 2010. No se nos olvide que Pepe, conjuntamente con Silvia Luna –a quien también recordamos con cariño–, René Flores y yo seleccionamos, revisamos y editamos las *Obras demográficas selectas de Gustavo Cabrera*, obra que se publicó en 2007. No hay duda que fue una actividad que muestra el cariño que Pepe siempre le tuvo a Gustavo Cabrera.

En 2011 se publicó en la revista del CEDUA, *Estudios Demográficos y Urbanos*, un artículo de gran importancia teórica, elaborado conjuntamente entre José Carlos Ramírez, Leovardo Mata y Pepe, que lleva como título “La contemporaneidad del Ensayo y por qué no es conveniente olvidar a Malthus”. En este artículo sus autores hacen una aportación a la teoría económica y matemática de Malthus. Creo que este texto es la culminación del trabajo de un demógrafo que fue institucional, reconocido por sus colegas y querido por sus amigos. El recuento de su trabajo docente es muy amplio, ya que impartió alrededor de 30 cursos y participó en más de 20 tesis de licenciatura, maestría y doctorado.

Recuerdo que Pepe y yo platicábamos sobre los hoyos negros, el átomo, etcétera. Decíamos que no se veían, pero que habían sido descubiertos teóricamente, y tratábamos de entender cómo los físicos los habían descubierto. Pepe leía mucho de todo tipo de temas. Tenía a su manera una fibra filosófica y una poética; ésta última la practicaba con José Luis Lezama, quien, además de excelente especialista en medio ambiente, es muy buen poeta.

Pepe se nos fue, pero quienes fuimos sus becarios, sus alumnos, sus subordinados, sus colegas, siempre lo recordaremos con cariño. La demografía es despiadada cuando trata el tema de la muerte, pero la curva de la esperanza de vida tiene límites que no es posible superar, aunque la longevidad ya llegó a los 120 años. Lo que me hace poner triste es que Pepe no alcanzó a conocer a su nieto Sebastián Morelos, recién nacido, quien además de sus hijos, Patricio y Rodrigo, son quienes lo reemplazan en este proceso demográfico relacionado con la vida y la muerte. Pepe fue reservado, generoso, solidario e institucional.

Pepe, te agradezco los 43 años de amistad sincera. Te vamos a extrañar. 

Recordando a José Morelos: el amigo, el académico

Sería injusto dedicar estas líneas solamente a hacer una semblanza personal de nuestro amigo que se ha ido. Intentaré, por tanto, realizar también un retrato de su talante como investigador. En ambos ámbitos puedo asegurar que fue querido y respetado. Por eso su ausencia nos convoca con sentimiento y también con razón; son los motivos que nos animan para estar aquí reunidos. Un acto de evocación.

Para empezar me permito destacar que fue un académico cuyo esfuerzo profesional estuvo vinculado al quehacer de nuestra institución, El Colegio de México. Desde que concluyó sus estudios de posgrado en el Centro Latinoamericano de Demografía (Celade) se incorporó a esta casa de estudios, en el entonces Centro de Estudios Económicos y Demográficos (CEED). Esto ocurrió a finales de los años sesenta. Cabría anotar que ese centro era un punto de confluencia interdisciplinario, exigente y riguroso; no sólo las disciplinas mencionadas eran su fuente de energía; habría que añadir que los estudios urbanos, los relacionados con la sociología y con la política eran la pléyade de temas que hacía posible la coexistencia de un grupo plural y, añadiría, de alto nivel. Así tenía que ser, pues de lo contrario habría aparecido la figura de don Víctor Urquidi para poner las cosas en su lugar y, sobre todo, exigir los resultados correspondientes.

Desde su ingreso a El Colegio, Pepe puso en práctica sus conocimientos adquiridos en Celade. Él era parte de esa generación de demógrafos que vendría a

reforzar a los pioneros de los estudios de población: los también muy recordados y queridos Gustavo Cabrera y Raúl Benítez. Creo, sin temor a equivocarme, que Morelos fue un digno sucesor de esos maestros, *sus* maestros.

Con la intención de hacer una remembranza de Pepe en este día, revisé su producción académica, plasmada entre otros sitios en los primeros números de la ya desaparecida pero pionera revista del CEED, *Demografía y Economía*, y encontré una serie de artículos que no sólo se circunscribían al análisis propiamente demográfico. Hay por supuesto trabajos de estricto cuño demográfico, como pueden ser las proyecciones de población que en su momento hizo: trabajo de demógrafos para demógrafos y para aquel dispuesto a diseñar una política de población bien fundada. Sin embargo, me fue particularmente grato descubrir, o más bien recordar, a un Pepe Morelos que trascendía a la demografía como disciplina. No le eran ajenas algunas teorías de desarrollo económico, como tampoco le eran extraños los ingredientes y los procesos históricos para robustecer sus argumentos demográficos. En muchos sentidos Morelos era un académico polifacético, plural. Como diría el sociólogo José Medina (algo que calaba a quienes queríamos dedicarnos a la sociología): “El que lee sólo sociología, ni sociólogo es”. Su campo no era sólo el demográfico; lo traspasaba.

Sírvame de prueba un artículo que desde mi punto de vista es un modelo de investigación porque argumenta, demuestra y concluye con rigor la proble-



mática con la que se enfrenta. Este 2011 ese trabajo cumple 40 años de publicado. Se titula “El desarrollo económico y los recursos humanos en México: un esquema conceptual”, y se publicó en el volumen V, núm. 2 de la revista *Demografía y Economía*. Permítase a continuación hacer unos breves comentarios al respecto.

Muy a la moda de esa época, tan lejana en el tiempo pero tan cercana todavía en el quehacer y el pensar de hoy, predominaba una forma de teorizar y analizar. El Pepe Morelos de aquella época no se escapó de la influencia *cepalina* (por la Cepal) y uno de sus primeros supuestos en sus investigaciones era que “las economías centrales no han perdido su significación en el proceso de desarrollo de las economías latinoamericanas”. La presencia de Raúl Prebisch, distinguido economista argentino, se advertía en su reflexión. Recuérdese su famosa dicotomía, polémica pero no por ello menos valiosa, de dividir el mundo en economías centrales y periféricas. Si bien ésta era una propuesta de teoría económica, añadía otra noción también muy en boga en esa época: la dependencia, cuyo origen se encuentra en la sociología política. El concepto, acuñado en los trabajos de Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto (*Depen-*

dencia y desarrollo en América Latina, México, Siglo XXI, 1969) contribuyó de manera significativa al entendimiento de los procesos de desarrollo y a la relación que los llamados países periféricos sostenían con las economías centrales. Cito a Morelos: “la relación de dependencia existente en el modelo primario exportador tiene vigencia, aunque asume una forma más compleja en el modelo de industrialización por sustitución de importaciones”. En otras palabras, la dependencia era una variable perturbadora y a la vez explicativa del proceso de desarrollo de la región.

A Morelos lo inquietaba conocer y descubrir aspectos tales como los patrones de acumulación de capital, las distintas formas de participación de los agentes económicos, las problemáticas inherentes en la estratificación social (una alternativa al análisis de las clases sociales) y los patrones de movilidad social que tienen lugar en una sociedad determinada. Estos elementos eran una especie de precondition teórica y empírica, infero yo, para adentrarse en la tesis central del artículo que comento: la relación entre el desarrollo económico y los recursos humanos.

En su disertación hace un intento de contextualizar históricamente el objeto de investigación que está abordando. Repasa algunas de las políticas de desarrollo del Porfiriato y afirma que “la política económica de esa etapa de México estaba orientada al fomento del desarrollo industrial y en particular a la minería” en un país cuya población económicamente activa era predominantemente agrícola. Subraya además la ausencia de una clase económica empresarial que no fue lo suficientemente avezada para impulsar ese sector que habría sido un motor de la expansión económica. En contraste, había una política más o menos definida para activar la industria. Su demostración: ésta crece entre 1892 y 1907 a una tasa promedio anual de 9.4%, mucho más que la producción agrícola.

La reforma agraria, que tendría lugar sobre todo en la tercera década del siglo pasado, empezó a tener un dinamismo mayor. De acuerdo con sus estimaciones, el sector agropecuario experimentó una tasa promedio de crecimiento entre 1946 y 1956 de 7.6% anual. Después se desaceleró, aunque tuvo su compensación porque, a partir de 1955, México entró en una etapa cuyos principales rasgos fueron un crecimiento económico no agrícola de alrededor de



7% anual y un control de la inflación. Entre 1955 y 1970 la inflación osciló entre 1 y 1.5% anual, los salarios reales se incrementaron y fue una época en que la llamada clase media empezó a ensancharse. Es lo que conocemos como el desarrollo estabilizador y que vería su fin a mediados de los años setenta, cuando México entró en un proceso de escaso crecimiento, de alta volatilidad financiera y monetaria y traumas devaluatorios que enterraron, por así decirlo, los logros de tres lustros.

Morelos intenta ver estas tendencias desde la perspectiva de la población económicamente activa. Nótese que para hacerlo, su contexto socio-demográfico e histórico permitían impregnarles a sus datos un significado más allá de lo que el dato mismo insinuaba. De esta manera apunta que, entre 1950 y 1960, la fuerza de trabajo en el sector agropecuario –lo llama también el sector tradicional– creció 71%, mientras que en el sector moderno (la industria y los servicios) la fuerza de trabajo creció casi al doble: 138.1%. Con estos datos, Morelos nos ofrece una especie de película del cambio acelerado por el que el país atravesaba, pues en poco tiempo la estructura de México sufrió hondas modificaciones.

De nueva cuenta, el análisis lo conduce a concluir que el sector moderno se desarrollaba en las ciudades, no en el campo, que con el tiempo se rezagaba sistemáticamente. De alguna manera destacaba la importancia que tuvo el muy rápido proceso de urbanización de México y planteaba, desde esa época, una problemática que desarrollarían poco tiempo después especialistas como Luis Unikel, otro recordado y querido colega de esta institución.

Teniendo lo anterior como base, Morelos dedica la parte final de su análisis a la variable dependiente de su trabajo, su objeto de estudio: los recursos humanos. Éstos, sostuvo, de alguna forma tenían que corresponder a políticas públicas que sustentaran las decisiones sobre el desarrollo económico. Para ello diferencia entre distintos tipos de estructura, a saber: la cultural, la social, la económica y la de poder, que “están estrechamente vinculadas con el comportamiento de la oferta y la demanda de recursos humanos”.

No es mi intención hacer un recuento pormenorizado de su análisis. Sí, en cambio, insistir en que su visión de investigador no estaba circunscrita a una sola disciplina académica. Y sí, por el contrario, enfatizar que su enfoque tendía más a ser integral, y



con ello más profundo en lo que se refiere a ese reto tan difícil en la tarea del investigador: explicar, no sólo describir.

Termino con un par de conclusiones que siguen, creo yo, teniendo vigencia: los adelantos tecnológicos tienen que ajustarse a la realidad nacional y a la formación de los recursos humanos. El tipo de formación varía con el tiempo y con la etapa de desarrollo. Y, por otra parte, la tarea de planear de la educación tiene que estar referida a las modalidades que presente el desarrollo económico del país. Sin duda un punto central en su razonamiento.

Baste decir que, al día de hoy, se sigue invirtiendo un escaso tercio de punto porcentual respecto del PIB para impulsar la investigación científica y tecnológica. Para comparar, los llamados BRIC (Brasil, Rusia, India y China), invierten entre 1 y 1.7% de su PIB para fomentar este rubro estratégico.

Finalizo con sentimientos mezclados. Morelos fue un buen hombre, solidario, generoso, buen amigo. Fue un buen investigador también. Algunos podrán decir que no escribió mucho, pero eso me trae a la mente lo que decía un destacado sociólogo argentino, Gino Germani: “Todo investigador tiene derecho a escribir 300 páginas porque, a partir de la 301, uno se empieza a repetir”. Falsa o cierta la máxima, Pepe más o menos la cumplió.

Yo, muy en lo particular, muy desde adentro, ya lo estoy extrañando mucho. Se lo recordará por lo que fue y cómo fue. Lo recordaré así, con sentimiento, algo de tristeza, pero también con alegría y gusto. Tuvo la fortuna de hacer lo que le gustó, y eso debe tenerlo complacido ahora que nos observa desde el lugar en donde esté. Recordaré siempre al querido Pepe Morelos. 

Como yo te veo

A sí como no hay dos pares de ojos que aprecien por igual la geometría de un arcoíris, no hay dos hijos que vean los mismos defectos y virtudes de su padre. Uno es, podría decirse, múltiple a la vista de la gente: algunas veces cordero y lobo, otras santo y chapucero. Y no hay falta o engaño en pensar tan torcidamente; es sólo que somos livianos por todos lados: buscamos sacar raja de cualquier ocasión y por eso distinguimos al mundo con los ojos de nuestros apetitos e intereses. Las maldades de unos, y que tanto escandalizan a otros, pueden parecernos apenas anécdotas e incluso, en nuestros momentos más oscuros, motivos de risa. Somos capaces de celebrar las malas bromas del poderoso con la festividad de un niño mientras que fustigamos las ocurrencias del pobre con las ventajas de un juez tramposo; y todo eso sin sentir remordimiento alguno. Nos pudre el alma todo lo que es extraño a las verdades que nuestra madre nos hizo tragar con pan y leche tibia. Pero también podemos romper el cielo a patadas de júbilo si la gente acepta a nuestro Dios, comparte nuestras trapacerías o, simplemente, piensa que, en efecto, el mundo es tan chiquito como nosotros lo vemos. Y así, entonces, nos convertimos en el Dios Jano de todo lo que nos rodea: nombramos amigo al que obvia nuestras miserias y enemigo al que las descubre; buen esposo al que levanta la envidia de las amigas de la cónyuge y mal esposo al que

nadie nombra ni tiene buenos puestos; o, para no alargar más la lista, mal padre al que tiene como hijo a Kafka y buen padre al que nunca recibe sus cartas.

Al Pepe que yo quiero es, seguramente, desconocido por todos, pues uno descubre en personas como él las verdades más íntimas de su propio corazón, que nadie más podría comprender. Son verdades que se activan sólo con su presencia para, después, tras su partida, volverse a replegar. Nunca desaparecen. Viven en estado larvario, como si fueran caprichosamente dejadas en depósito. Tienen vida autónoma y están formadas por las menudencias que, entre risas y llantos, bromas y seriedades, los involucrados hipotecan, a menudo, inconscientemente y de contrabando. Por eso el Pepe que yo veo no se parece al padre que sus hijos ven ni al que conocen las otras personas que también cultivan sus afectos. Para mí, Pepe suena a tuétano, médula, cariño macizo, lealtad pétrea. Es mi amigo de amplio espectro, mi amigo que me acompaña en todos los frentes y de tiempo completo.

De él aprecio su ácida y despiadada forma de hacerme ver mis miserias. Nadie como él me confronta a mí mismo. Es, digamos, un centinela de mis estupideces. Pero, también, es mi amigo porque, de una manera poco explicable, es la persona más descuidadamente cariñosa que he conocido y a la vez la más caballerosa. Nunca me he topa-



do con alguien tan inhabilitado para mostrar sus afectos como él pero, extrañamente, tan propenso a las formas. Diría que posee un hermetismo afectivo que sabe combinar, perfectamente, con el respeto propio de los pueblerinos. Aunque aquí no hay que equivocarse; su resequedad personal es sólo un sello distintivo de los viejos de Torres Mochas: una actitud aprendida de niño para mostrar respeto casi reverencial a la gente mayor de San Felipe. Se trata de una manera particular de ser que lo hace ajeno a las hipocresías del medio académico y a la petulancia de los portadores de la verdad. Pepe es en extremo sencillo porque no sabe ser de otra forma: su modestia es inconsciente, natural. Así que, fuera de esos detalles de linaje, él siempre encuentra la manera de mostrar su cariño y lealtad a toda prueba. Bastan unos minutos de charla con él para sentirte en casa. Su manoteo desparpajado, la broma respetuosa y ese don de gentes, diría mi madre, terminan siempre por cautivarte, por evidenciar todo su cariño tácito.

Conozco a Pepe desde hace más de tres décadas cuando yo arañaba apenas los primeros vein-

te años y él, según calculo, me doblaba la edad. La diferencia, sin embargo, apenas duró una semana. Nos volvimos inmediatamente amigos con todas las diferencias auestas y nunca más nos volvimos a sentir distintos. Pepe tiene esa cualidad de quitarle los picos a las montañas y dejar lisos los valles. Por eso nuestra amistad resultó ser, desde un inicio, real, sincera y humana: con altas y bajas, ausencias y desavenencias, tristezas y felicidades. Pepe es mi amigo de carne y hueso: el amigo que la vida me negó en la infancia y me entregó en la juventud. Un regalo que, de ninguna manera, es tardío y que, más bien, tomo como un milagro.

En los últimos veinte años hemos compartido nuestra afición por la literatura y los temas extraños, no necesariamente actuales, de economía y demografía. Pasamos horas enteras discutiendo ideas sobre Malthus y otros economistas que, según él, no se pueden formalizar porque dejan corto su contenido o, simplemente, porque le parece poco estético. Ya cansados de no llegar a ningún lado brincamos a la literatura donde la refriega no es menos intensa y el encono mucho

mayor. Así que para apagar un poco los ánimos, dejamos todo y volvemos a jodernos entre nosotros, como si fuéramos niños sin ninguna intención de celebridad. Pero en todo este proceso Pepe no juega a ser mi amigo: es mi amigo y toma muy en serio los intereses intelectuales de ambos. La pasión que muestra en cada discusión no sólo es una prueba de su afecto por mí sino, ante todo, de sus variados matices intelectuales. Él es un hombre profundamente intelectual, que brinda un respeto casi religioso a cualquier forma de conocimiento. Nunca le he visto despreciar ningún juicio sin antes pensarlo. Su tolerancia es magnánima.

La presencia de Pepe en mi vida es, pues, invasiva y permanente. Por eso siempre voy hablar de él en tiempo presente, aunque me digan que está muerto, que un carro desgarró sus carnes y que yace enterrado con personas que no conoce. El sobrevive en cada una de esas verdades íntimas prendidas en mi corazón, como homenaje al

hecho de haberme permitido el privilegio de ser su amigo. Para mí su recuerdo es indestructible porque, ahora lo comprendo, la sombra que proyecta es, en buena medida, animada por la luz de su amistad. Pepe es de esos amigos extraños que ennoblecen a las personas. Y a mí su amistad me engrandece.

En mi interior pienso, ingenuamente, que nos debieran dar una última oportunidad de despedirnos de aquellos que sólo nos hacen el bien. Pues, de ser así, yo escogería hablar con Pepe y decirle: “Pepe: aquí dicen que estás muerto. No les creo. Yo sé que estás escondido, como sueles hacerlo cuando todos te hartamos. Siempre haces lo mismo. Regresa ya, que tenemos que conversar de muchas cosas. Ven, que te quiero dar un abrazo y decirte que te he extrañado mucho, que me haces falta, querido amigo. Ven siéntate aquí, ¡anda!, que Ana nos va a hacer las chuletas que tanto te gustan.” 



¡Muchas gracias!

A nombre de la familia Morelos, saludo y agradezco profundamente a El Colegio de México, a sus autoridades, investigadores, personal docente y administrativo, y muy especialmente a todos aquellos que, con su afecto y amistad, compartieron la vida académica del doctor José Benigno Morelos González, esta muestra de aprecio y distinción con la que hoy se rinde homenaje a su labor y trayectoria.

Como ustedes imaginan, para nosotros, para Rose, sus hijos Rodrigo y Patricio, sus hermanos y hermanas, y una gran familia que lo extraña, la partida de José Benigno ha sido no sólo sorpresiva por las condiciones en que se dio, sino muy dolorosa. Su ausencia nos golpea doblemente pues hace sólo unos días falleció su hermano menor.

Aunque tristes y apesadumbrados, nos sentimos orgullosos por la gran capacidad y dedicación que José Benigno tenía siempre en búsqueda de un mayor conocimiento. De manera especial nos sentimos orgullosos y muy conmovidos por este homenaje, por este reconocimiento que hoy le brinda El Colegio de México, institución que por muchos años le dio cobijo y a la que él amaba particularmente.

Sean, pues, para ustedes nuestras palabras de gratitud y nuestro sincero aprecio por el interés y todo el apoyo brindado, por todas las manifestaciones de solidaridad y su calidez, ahora que en mucho nos reconfortan.

Para ustedes, nuestros brazos y el corazón de la familia Morelos quedan abiertos.

Asimismo aprovecho la oportunidad para agradecer la presencia de todos los amigos que nos acompañan en este homenaje póstumo.

¡Descanse en paz José Benigno Morelos González! 

VOICES *of Mexico*



Descubra México en un recorrido por lo más sobresaliente de sus manifestaciones artísticas y culturales. La revista *Voices of Mexico*, editada totalmente en inglés, incluye ensayos, crónicas, reportajes y entrevistas sobre economía, política, ecología y relaciones internacionales.

Suscripción anual

\$140.00 M.N Tres números/un año

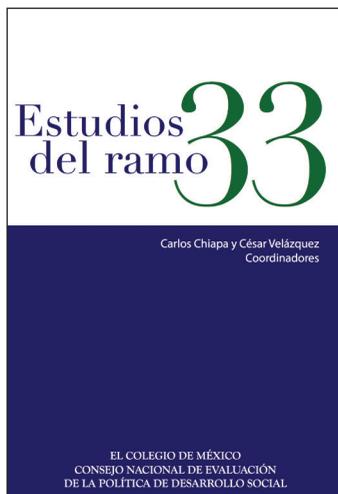
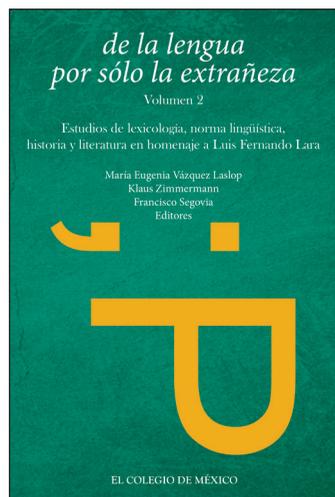
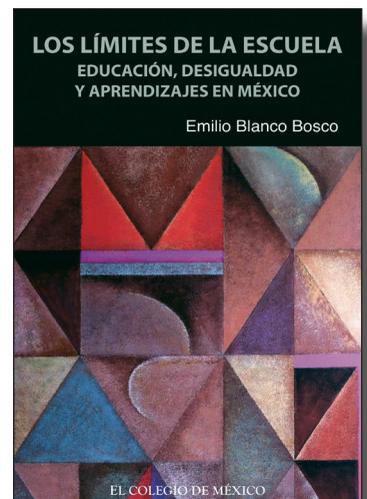
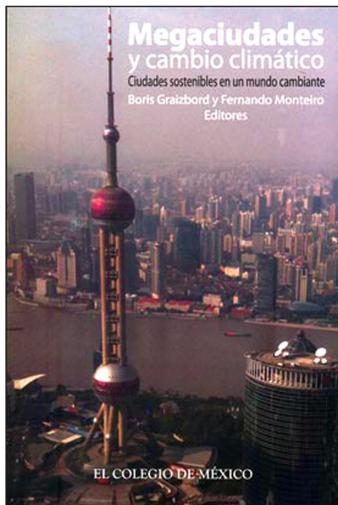
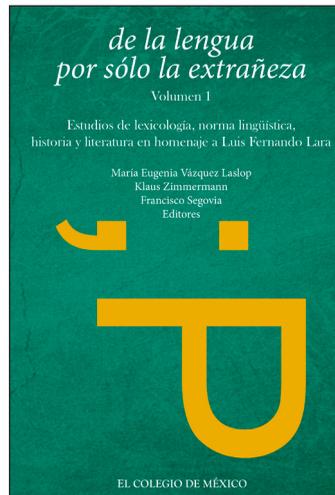
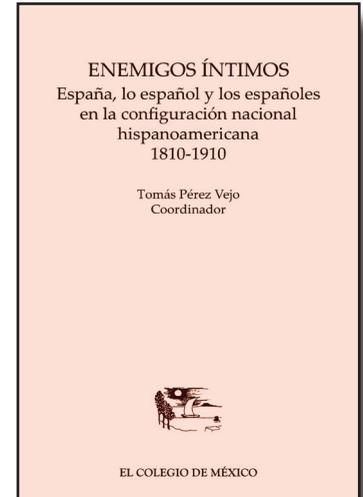
Informes y suscripciones:

Torre II de Humanidades, piso 9
Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.

Tel. 5623 0246, exts. 42301 y 42299

voicesmx@servidor.unam.mx

NOVEDADES



El Colegio de México, A. C.,
Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20,
Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F.
Para mayores informes:
Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
Fax: 5449 3000, ext. 3157 o Correo electrónico:
publicolmex@colmex.mx

